

JAVIER PEÑAS NAVARRO

LIBRO DE LOS DONES
O
DEL AURA



CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2015

JAVIER PEÑAS NAVARRO

LIBRO DE LOS DONES
O
DEL AURA

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)
COLECCIÓN «PEREGRINA», 3

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW YORK-SUNY AT
STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)

SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE CIENCIAS HUMANAS Y
SOCIALES, ESPAÑA)

SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)

TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)

SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)

ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)

PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)

LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)

ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)

VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)

ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)

GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA / REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA, ESPAÑA)

GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)

HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)

EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

Impresión: Ulzama Digital.

© Del autor

ISBN: 978-1-938795-09-1

New York, IDEA/IGAS, 2015

JAVIER PEÑAS NAVARRO

LIBRO DE LOS DONES
O
DEL AURA

Don de besos robados, 11
Don de pájaro en el hombro, 12
Don de canción, 13
Don de ver crecer la hierba, 14
Don de alegría, 15
Don de lluvia reciente, 17
Don de corazón henchido, 18
Don de dormirse en una charca, 20
Don de fuerte marejada, 21
Don de ver dónde se esconden los pájaros, 22
Don de cascada, 23
Don de presencia de Dios, 24
Don de compañía, 25
Don de incertidumbre, 26
Don de buena muerte, 27
Don de hierro, 28
Don de transfiguración, 29
Don de bilocación, 30
Don de música, 31
Don de seducción, 32
Don de abulia, 33
Don de duda, 34
Don de ciencia, 35
Don de simplicidad, 36
Don de fiesta, 37
Don de misterio, 38
Don de llaga de nieve en la puerta, 39
Don de claridad, 40
Don de hielo ardiendo, 41
Don de árbol tronchado, 42
Don de alabanza, 43
Don de árbol de oro, 44
Don de bandidaje, 46
Don de aura, 48
Don de cena de amor, 50

JAVIER PEÑAS NAVARRO

LIBRO DE LOS DONES
O
DEL AURA

Don de besos robados

como quien alaba un confín,
pero se aferra a una endeble ramita,
mecha ardiente que captura un instante,
don mío en los ascensores
y en las tabernas de las que salí casi ileso.
Es la sonrisa que fulge, que llora
lo que amanece en cada beso robado.
Siempre el día reciente,
siempre el pecho a punto de empinarse y asomarse
al abismo, y los ojos dispuestos
al azul de la vida con su oscuro secreto.
Y la respiración, como un arroyo en junio,
cuando la claridad traspasa.
Ser, ser un beso robado de puro dar los besos,
memoria de horizonte, profunda
hacia el profundo cielo.
¡Qué quieto queda el mundo!
¡Qué escalofrío en la escarcha que tiembla
junto a tus labios!
Por un beso robado vierto cálidas lágrimas,
que empapan mi camisa. Así,
me voy hasta los arrecifes: Siento su violencia y mi desgarró,
siento no saber nada,
como si tanto estudio fuera solo un carril lateral
a un desvío errático.
Una brizna en un beso robado
cuando los jarrones se empeñan en caerse
y a las modernas bibliotecas se les funden los plomos,
un roce levísimo de ala
y se incomoda el conciliar descanso de los costosos acueductos.
Un instante, nada más.
Nada menos que una vida consagrada
a un beso robado. Y serlo.

Don de pájaro en el hombro.

El gorrión que ahuyentaba volvía sobre mí,
leía yo en el campo, lo rechazaba, volvía.
Desayuno en la terraza, y se me posa.
Entro en un cine, lo veo en la pantalla,
sensato y delicado como una mano amiga.
También yo, distraído en asombro
intentando esquivarlo, figuro en la pantalla.
No es raro verme, en medio
de desabridos sueños,
con el gorrión posado.
Condescendientes amigos me indican con prudencia
que vaya a un especialista.

Don de canción.

Hay quien me asegura
que en las noches cerradas
va conmigo un contorno de luz,
lo que, naturalmente, acojo
con sonrisa de broma.
Lo que sí es cierto
es que, noche y día,
me traspasa indecible la canción de tus ojos.
A su alabanza me atengo por el día
y en su gracia de amor por las noches descanso.
¡Qué fácil vivir
cuando todo se ha perdido!

Don de ver crecer la hierba.

Lo tuvieron los monjes
mientras tarareaban su salmo favorito,
lo tenían los niños que, a la temperatura de la escarcha,
entraban a la escuela.

Era mayo y les brotaba una canción
porque siempre se canta cuando se ama,
sin importar el gasto: El incendio
se nutre del incendio, el sol del sol,
la gracia de amar de ver crecer la hierba,
lo saben las ovejas y el pastor las conduce
con mano de armonía, como un jardín perdido,
a los pastos mejores. Claramente,
tumbado en la hierba,
el pastor siempre piensa con música,
si silba o si se acuerda de la oveja
lastimada, ay sí, de la herida, de aquella
que nota en su sueño que la hierba crece.

Don de alegría.

Son ya demasiadas semanas
en que todo resplandece
y a ti se asemeja.
Soy tu lugar,
tu corazón batiente en el mío,
asombrado.
Salgo a la calle
para sentirme cómo respiras por mí,
a cerciorarme de que no soy yo quien mira
el oleaje, los árboles,
las caras veraniegas de los niños.
Ando en la alegría que tú me has trazado
y ahora apenas me cabe
tu nombre en los labios,
un edelweiss a punto
o un campo de amapolas.
Tengo la respiración tranquila,
aunque no llorar se ha hecho
un reto inalcanzable.
Floto cuando converso.
A menudo, al leer,
tengo que desistir de escalofríos
por seguir de tu mano
a donde tú me lleves.
Entonces en el aire
me entregas tu música,
el temblor de tu boca.
Olvido los quehaceres
y el tiempo todo insulso,
por sentir qué me entregas:
Claridad que me inunda
como una noche grande

en que solo en ti pienso.
¡Cuánto tiempo sin ver
opacidad en las cosas!
¡Y cuánto tiritando
de puro saber nada!
No me salves, amor,
por favor, no me salves,
si alguna vez pregunto
si no te equivocaste.

Don de lluvia reciente.

La recogías en tus manos
y me la echabas por la cara,
jugabas a mojarme, una fuga
a querer verme otro
como el paso celeste del sol por un rostro marchito:
Lo señala y lo alegra, lo envuelve
en su transparencia y lo acaricia.
Yo entraba en las tardes de julio
con agua resbalando por mi frente convulsa.
Venía de tus manos. Aunque del cielo,
nacía en ti. Fresca y nerviosa como un estribillo,
ojos que vuelven y en su volver transfiguran,
ojos en la cavidad de tus manos rientes,
centro de las noches.

No es posible
una mañana sin lluvia palpitante.
Sin ella, tú no estás, y a ese dolor
no doy alcance. Mi vida, en tus manos.
Llueve tanto en la tarde final de tus ojos
que se abre paso diligente un arroyo.
Dame, amor, la alegría de caer en tu mirada
hasta que amanezca,
dame el sinsentido de beber de tus manos,
hasta que yo no sea.

Don de corazón henchido.

No habla. Presa rebotante
donde discurren barquitos de papel,
confeti, recortes de noticias...
Pero el corazón, repleto, no respira:
Se demuda entre lágrimas,
se baña en sus lágrimas.
Viene y va distanciado
como si el mundo alrededor
se hubiera extrañamente detenido;
se equivoca de escalera,
confunde la hora,
olvida los nombres de las cosas sencillas.
Anegada garganta,
¿cómo puede aquí haber tanto amor?,
¿es verdad tanta dicha?
Y sí, debe de serlo.
En los escaparates me detengo
para no ver a nadie
y no ir anunciando mi estanque de lágrimas.
Evito los descampados
para no carearme con su sobria franqueza,
me arrimo a los puentes, frecuento a los borrachos
que cínicamente ensucian soportales,
como si acabara de delinquir.
De toda luz me escondo,
me desordeno el cabello,
merodeo por las comisaría.
¡Cuánta paz en estos gestos
y cuánta sagrada inclinación!
¡Qué respeto diáfano
el que perros llorosos se vengan conmigo
cerca de las vías a ver pasar

convoyes nocturnos!
Si desde las ventanillas me vieran
vendrían las inundaciones,
y yo no quiero semejante desastre,
no quiero.

Don de dormirse en una charca.

Nada más bello y puro que unos ojos
pasados por las lágrimas: Así,
en forma de intemperie,
le fue donado el sueño.

A pocos pasos, negro y aterido, cruza un perro,
lo abrazaríamos con tal de comprender
por qué esta paz a mí,
por qué esta escala de luz incomprensible
me aniquiló las fuerzas.

¿Fue por cuantas veces corrí hasta tu casa
risueño y anhelante? ¿Fue, al contrario, por burlarme
de tus heridas? ¿Acaso porque tu presencia
no hace ruido y llené entonces la tierra
con el don de tu abrazo? ¿Por ser mis ojos,
sin querer, el deshielo de las cimas?
Tú no me azotaste como avenida
que echa a perder las cosechas,
te presentaste con olor de cieno confundido de sangre,
con el paño delicado
que nubló mi mirada hasta desvanecerme
de tanto aspirarte,
de tanto saberte ardiente conmigo.
Aquí, el resultado: Una charca de luz
hecha con el perfume de tus sueños
y un hombre dormido con el sollozo tuyo
cosido al corazón.

Don de fuerte marejada.

Aprieta la garganta
que ya suena la orquesta marina que todo lo invade,
la que suave se impone,
la que los diseñados barandales arrasa
según se va al sueño sobre un pecho amigo.
Flotan por doquier tristísimos enseres,
se descñeron las dársenas
y se mecen como plumas los noráis centenarios.
No queda nada ya sino epicentro,
raíz caudal, nervio motriz,
nada sino el abatimiento de las súplicas
y el quehacer infinito.
Dios está aquí.

Don de ver dónde se esconden los pájaros.

Experto en soledades y en canciones
que el viento siempre empuja sigiloso en su seno,
estabas de pronto allí, conmigo,
señalándome, mis labios conformes,
en tu mano un ramillete de palabras hermosas.
Si las campanas del campo se habían quedado en mis oídos,
no había hecho yo nada para tal merecer,
solo escucharlas.
Era cuando los pájaros escondían su faz
y el pastor se afanaba en su hallazgo imposible.
Solo el niño se apropia de escondites vedados.
El viento inclina firme las hileras de álamos.
Otra noche a esperar la voz que se acerca al oído
rendida de amor. Es entonces verdad
la sinfonía que sin remisión alguna, sin ventajas ni esclusas,
se muestra, la voz sin remedio que clarea los pechos.
Ojos, ojos grandes de niño,
¿por qué a mí?

Don de cascada.

El pájaro que atrevido
roza la cresta de la cascada
sabe que bebe púrpura.
Los pajarillos que se agitan alborozados
por donde estallan las aguas
saben que aspiran púrpura.
Y así, cada día, comulgan
del costado de Dios.

Don de presencia de Dios.

Fue un día gris desapacible de primeros de marzo.

Me acerqué a la mujer que amaba

y en voz baja le dije:

—¿Notas que estoy atravesado de Dios?

—Sí.

Y los dos, al instante, abrazados,

prorrumpimos en llanto.

Don de compañía.

Despertar para estar contigo,
me acurruco en tu abrazo,
ahondo en tu silencio para ver las estrellas
y oírme la fatiga tranquila en el túnel de las horas mejores.
Luego te increpo, me muestro alterado,
disconforme, confuso. Pero tú me sonríes.
Ámame, abrázame tanto
que mi respiración sea la tuya,
que el corazón vencido
se ofrezca en el desierto a una recua de nómadas.
Es todo ya lo mismo porque tengo la noche.
Cuando se hundan los lagos
y se reseque todo como una pura ruina
—¿acaso hay más ruina que mi siembra de escombros?—,
en mi oído devastado irá tu prendimiento.

Don de incertidumbre.

Siempre temblando,
bajo los pies, nada.
Sobremesas de sol,
juegos gozosos
en los que tú apareces.
A veces te me escondes
y yo loco te busco
hasta caer rendido,
el mirar se me turba.
Nos llaman a merendar
y de detrás de los setos
un jolgorio de niños
surte y todo lo inunda.
Al verme demudado,
no saben qué me pasa
aunque doblo el esfuerzo
por no perder su trote,
como todas las tardes.
Siempre temblando,
las bicicletas, el olor
de la jara, no saber
si escaparme ni adónde.

Don de buena muerte.

Las mejores horas, las de la madrugada,
te las guardo siempre. Entonces
mana clara tu voz
y se puede ir muriendo
en buena paz contigo,
morir de transparencia.
Respiro por tu aliento;
cuanto memoricé por ti
de pronto se me olvida,
cuanto pensé para ti
se reduce a pavesas.
Los claros días de junio
avanzan como sombra,
y muero pues confundo
las estaciones y el clima,
la esclavitud y el océano.
Solo tú eres presente en viva muerte
y yo estoy en tu incendio.

Don de hierro.

Estoy atravesado de ti.
Me escabullo y entro
en las habitaciones en las que tú no estás
porque yaces conmigo en la rejilla al rojo.
Salgo a la calle a desasirme
y te veo respirando sonriente
el acre humo espeso mío,
como si fuera un perfume, no te entiendo.
Podrías dejarme ir, volar
por esos caminos frescos y sutiles,
pero llevo el pecho herrado
como un niño que ama.

Don de transfiguración.

Pensamos en lo mismo,
nos reímos de lo mismo,
canción de tus labios,
vivir transido en ti,
reciente flor de almendros
transfigurados
que suplicantes apremian.
Me zambulles, me tientas
con tus bromas, me acaricias,
sales conmigo al campo
y ya no somos dos,
solo la noche amplia
enjoyada de novia,
pero tú eras la novia
y yo, ¿qué era o quién?,
yo también era tú,
el vino en tus labios.
La mañana despavorida
huye de la noche,
tú, pura y nítida noche.
No me aprietes ya más,
belleza mía,
o sí, báteme y espárceme
en tu cielo constante,
lumbre de tu negrura.
Yo era el vino en tus labios.

Don de bilocación.

Me sedujiste, me seduces,
me tomas con la mirada,
tazas del desayuno,
un jarrón con lirios.
Estoy donde estás,
en la playa tendiendo
una cometa y en el viento
todavía áspero que formidable la empuja.
De tan repleto, me veo en el géiser,
me has clavado un orificio en las entrañas
para que brote insensato un relámpago vertical de agua nocturna.
Soy las palabras que me dijiste al oído
ese día en que pasaba con una maleta,
soy las cosas que miras a las que luego atiendo
pues viven de otro modo, desgajadas y abiertas,
desarregladas, solas.
Venidas con el aire del pinar junto al mar,
haces tuyas las canciones esquivas de marzo.

Don de música.

Esos días en que anegado de gozo no te puedo hablar
—días de marea alta—
escribo notas, pequeñas cartas, en papeles cualesquiera,
nervioso,
en ellas te leo por dentro y tú escuchas,
oyes, la canción afligida que a ti también te oprime,
y así de nuevo nos hablamos callados,
llagados por la música que nos mana del pecho.

Don de seducción.

Tú eras la carrera de la noche,
yo la intemperie.
Tú eras toda travesura de ojos,
yo el sueño que dormita en tus labios.
Te presentabas arreglada para la fiesta
y yo me retiraba entre nudos de preguntas,
con mis zapatos sucios.
El viento desgajaba ramas con las que hacía remolinos
y tú sonreías.
Un día me viste en un rincón
bebiéndome el alcohol puro de las lágrimas.
Otro día
era yo el seductor y tú quien las tomaba,
con las mías mezcladas, como un cauto elixir.
Yo era el que con arpones como versos
encendía tu herida y la aliviaba cantando
hasta mecirme en su chorro.
Con mi vestido nuevo
y con la brisa que resulta de las cosas que miras,
yo te seducía.
Yo te veía a través de los traviesos ojos tuyos
y en el vino de la fiesta en que tú me besabas.

Don de abulia.

Si yo perdiera la voluntad
de rastrillar el jardín, poner carne a la brasa,
asearme o acudir a los quehaceres cotidianos
—de hecho, creo que la tengo ya perdida—,
nada habría de temer a buen seguro
pues todo está cumplido:
A cambio de mi voluntad,
camino por tus pasos y las cosas refulgen,
están limpias, realizadas, y comprendo
quién me va detrás de esta abulia feliz.
Muchos ratos de mi vida son estar inclinado
dando gracias por la rasa nulidad del querer,
mis horas para ti siempre son pocas horas,
mi tiempo es solo tiempo de cantar tu belleza.

Don de duda.

Por ver si eras verdad,
he cruzado compulsivamente el mapa,
ayer las negras rúas de Santiago,
hoy en La Coruña las destellantes gaviotas
en el cielo de sus cristales y en la nubosidad de los mástiles.
Sin embargo, en verdad, solo he visto mendigos.
Casi tan harapiento como ellos,
se sorprenden de verme luminoso y solícito.
Algunos regresaron a casa de sus padres,
pero ya estaban muertos;
uno sollozaba del mero no acordarse
de la edad que tenía.
Aun así, inercia inmarcesible,
todos andan con anhelo inefable en su busca.
Les he mostrado lo que llevaba en el bolsillo
con que intentar mañana llegar a Finisterre.
Donde ya no quedará más solución.
Les confío turbado la extraña belleza que consume mis huesos,
y me quieren seguir. Ojalá que el buen Dios
les ponga en la chaqueta la limosna preciada
que les abra el camino de encontrar a sus padres
a los que nunca enterraron porque no estaban muertos.

Don de ciencia.

La matemática es que tú existas
y que yo lo haya visto y creído.
Se es niño, se ve abrir un postigo
y ahí está contenida toda la existencia:
De no ver, a ir a ciegas con el corazón laureado;
de lo impalpable, a la lluvia fehaciente que resbala en la cara;
de no ser, al haz de claridad
seccionando sin remisión al alma trémula.
Se ve abrir un postigo. Nada más.
Se vive únicamente de ojos entornados.
Cualquier discernimiento, ahí se divisa.
Esa es la ciencia.

Don de simplicidad.

Pensé para los dos
un echarpe diseñado de cielo profundo,
respirarlo, porque el cielo se respira
tanto como se oye la canción de sus luces.
Un echarpe acorde
a la devastación que nos hemos infligido.
Desde ahora esta suave prenda,
sobre nuestros hombros sumamente grave,
no vacilará en expresarse con destino a su origen.
Nada queda. Todo lo hemos incendiado.
En él figurarán
la gran sinfonía del hombre contra el hombre,
la palabra del niño frente al que le regula,
y en su simplicidad desnuda habrá la piedra
y la sangre del pichón que la piedra hizo fluir.
No hemos dejado discretamente nada en pie. Salvo
echarpe y piedra, esto es, piedra sobre piedra.

Don de fiesta.

Digo que te amo hasta el miércoles
y al instante se descuelgan las persianas;
aseguro que no me arrancarás un beso,
pero cansa mucho el mar abroquelado,
si se retrae a un muro.

Pienso en cómo te amo y en por qué este regocijo.
No retrocede el acantilado para asimilarse a la estepa.
El cielo azul oscuro, un oasis, en cambio,
descuidados acampan en tus ojos por siempre.
Todo lo que es hermoso y tú miraste
lo has guardado encarecido como un amanecer:
Me miras con el horizonte del mar y con la estrella,
me miras con el mar en los oídos,
con los ojos de los niños que se insultan jugando
porque, en lo soterrado que fluye,
el juego sobrepasa aleteante las palabras sin sueño
que el viento hace efímeras.

La expulsión de mi invierno es debida a tus ojos,
al tacto de las castañas que recoges,
al roce del jersey,
al aguacero de palabras que en el pecho cobijo:
Todas a ti señalan, todas ellas me sirven.
Tan clara te mueves en el abismo de la noche,
que has ahondado en mi destierro hasta convertirlo en palmera.
Yo no te puedo amar solamente hasta el miércoles
mientras alientan de luz los almendros y tu risa.
Acaricié esta rama cuando de mí te escondías,
su corteza está viviente a mi lado en la almohada.
Voy a llenar de agua la claridad de los vasos
y los encuentro repletos de la gracia que anuncias;
dormido en tu costado, la sed siempre es distinta,
la fiesta, amor, consiste en beber de tus manos.

Don de misterio.

Pasaba despacio la cámara,
la ciudad toda en ruinas,
entra una mujer a una taberna
—larga hilera de humo con hombres en la barra—,
da un recado al oído,
escombros general, tranquilos gaseoductos
agazapados como una epidemia,
kilómetros de cascotes, muñecas que funcionan con pilas,
la calma blanquiazul de los tabiques borrosos
abrazados a enigmáticas cancelas.
La mujer, a su paso,
deja un árbol por huella,
en cada muro oblicuo, una insolación,
un barrio de amor en canal
por aledaño.

Don de llaga de nieve en la puerta,

don de golpe de cellisca.

Goteo por tu sudor, es decir, por mi ruina

o ensoñación de verandas surtidas de herrumbre.

Participo en la desavenencia de los aconsejados y tristes

y en la dislocación consternada de las cuencas fluviales.

Me infundiste valor para fijar los auspicios

de tanta desazonante colisión sin matices.

Es un milenario gemir

lo que me queda conferido

y el que a veces las ciudades es preciso que caigan,

desolación mía, como un atributo de paz,

como un remedio.

Soy las coordenadas de tu pulso de amor

sobre pueblos enteros de cadena salobre,

pueblos fugitivos de sus planes de huida.

No te estorban el saqueo al esplendor de las flores

ni el ver cabeceantes almenas en la deriva de los océanos.

Te conciernen tan solo el sinsabor en las naciones

y el desasosiego fecundo en la virtud de los pechos.

Y aquí, modestamente, a tu lado me tienes,

en la conflagración.

Don de claridad.

He sido un escogido de tu exhalación.

No se desmontan las ruinas

para fundar con ellas en otro lugar.

Yo vine a Finisterre

—vagamente una sombra de escombros,

pero ardientes las mejillas, los labios ardientes—

con la nada que me impuso la luz de tus ojos.

Don de hielo ardiendo.

Antes

me acercaba a la canción
transparente de los ríos,
me veía fluir
en su temblor humilde.

Ahora

—llovía en los cañaverales—
una luz me antecede.

Estoy tiritando.

Eres mi alambre combado de frío.

Ahora, a la orilla,
la hierba se enciende;
las llamas remontan
buscando las cumbres.

Ay, amor, que no sean
nuestros pozos de hielo
pabellones de ocaso.

Don de árbol tronchado.

La esposa, coronada
de flores, se acercó
para llorar sobre él.
Lo abrazaba, lo besaba.
Con sus propios cabellos
enjugó el desgajamiento.
Juntó las flores caídas
y las regó con su llanto
hasta hacerles exhalar
una lluvia de estrellas.

Don de alabanza.

Me rozas con el céfiro,
labios en los labios,
me deshago en palabras.
Me tocas con el agujero
negro de la ceguera,
me deshago en canciones.
Da igual despertar
al sueño de la vida
o al de la muerte.
Revestido de ti,
siempre se canta,
alegría de tus ojos,
frasco pequeño,
los relojes se paran
para tocar las horas.

Don de árbol de oro.

Traspaso de amor,
luz que me ha hendido,
línea de oro clara.
Me encuentro muy débil,
descoyuntado todo.
Yo nunca había visto
un árbol fino de oro,
ahora dulce me quema.
Casi ni me atrevo
a despegar los párpados,
me sostengo en los muebles,
ventana en que diviso
terrazas frente al mar,
viñedos que alguien cuida.
La paz en los labios
me extingue las fuerzas.
El faro luce apenas
cuando cierra la noche,
y yo me tambaleo
de insultante alegría,
parezco un lagar.
No sé si son disculpas,
pero arrastro jergones,
me asomo a las ciénagas,
mas se me torna el mundo
y se vuelve en mi contra.
Al azar, abro un cajón
y a la luz de una perla
adviene fulminante
el aura y su torpeza.
Inconsciente rehúyo

los descansillos y el habla,
busco en los viñedos
el verdor claro de oro
y todo en derredor
resplandece y me invade.
Herido en la raíz,
traspasado en la frente,
dando tumbos, me alejo.

Don de bandidaje.

No me has respetado.
Lo tuyo es el bandidaje.
Me pusiste a tu grupa
mientras jugaba en las copas
de las ramas altivas.
Porque siempre contigo
el acecho se intuye
y el peligro dichoso,
canción mía en tu boca,
en la enramada prende.
Sellada, me parte.
Sin poder resistir,
me deshuesa la vida.
Como en mayo a un vilano
me sopla sin ruido.
Yo jugaba a pendientes
y a cumplir quince años.
No comprendo, estoy sola,
se me acercan los niños.
Entonces tu silencio
se rinde, y descansan
el galope y la niebla;
la frontera se oye
que nos bate en el pecho.
Sin mis luces gitanas,
turbado, me cuentas
la celeste elegía,
menester de las noches,
del sin vivir conmigo.
¡Qué vértigo en la almohada,
sin ay para ser tuya!

¡Y qué fatiga de mar
cuando te me desposees!
El vencimiento y mis ropas,
la colonia de mi madre
y el jugar entre las ramas
son todo tuyo, bandido,
a cambio de que me dotes
con luz a mis dientes claros.
Vamos a cenar, mi amor.
Vayamos presto, amor mío.

Don de aura.

El aura es la belleza.

Contra ella nada pueden
la voluntad, el destino,
las fábricas, la muerte.

Antes de que el sol penetre en el hayedo
y lo traspase de gloria y gracia nuevas,
secretamente en su seno
irradia la intimidad de la belleza.

Allí latén el pensamiento que dispuso
el arroyo de música que vivifica su entraña,
las palabras de amor
que lo hicieron hermoso.

Sabe también la luz que la precede la luz,
que es su aliento y su fin,
al tiempo que decide afirmarse en los troncos
y ahí se demora porque el amor la sujeta.

La belleza tira entonces, como un viento, del pecho.

No decide la castaña dejar de ser caediza
porque piensa en el suelo que la acoge con un breve chasquido,
su enjuta soledad. Así, como un terreno abonado,
el pecho mira a los ojos del amor transparente y es mirado por él.
Nada importa ya.

Siempre sirven las lluvias al frescor de otras lluvias
y el amplio corazón de la noche, afligido,
nutre a las estrellas con el calor de sus charcos.

No es extraño que la luz se abra paso entre la luz soterrada
en el hondo del bosque,

que mi canción ancilar de mediodía, presintiendo la dicha,
cale honda en tus ojos traspasada de ferro.

Unas veces sonríes, otras hablas más allá, en diferido,

con frases casi inconexas,
sin embargo en la hacienda de tus manos
el esplendor dialoga a flor de piel como un derramamiento
incontenible.

En el aura carece de razón la razón de los actos.

Tú existes, yo acudo a la fiesta.

Tú posees la belleza que el arrebató de estos versos
se atreven a cantar.

No los busqué yo. Ellos me escogieron

—no soy poeta, escribo al dictado—,
como un don.

Don de cena de amor.

Muy cerca del mar, la lluvia
juguetona en los hombros
me vencía. Yo pasaba,
con el gozo que desprenden
las manzanas justo antes
de amanecer en los labios,
entre sales que las olas
asperjan, bajo la luna
y los árboles, tan leve
como un gorrión de charco.

*La vida en ti dichosa,
la amistad con la muerte,
suceden en tempero
y por él se deciden.*

Yo te había robado un beso,
tú me robaste —qué injusta
trama, vida desigual
adversaria de la vida—
a mí entero, pluma suave
aventurera en tu cosmos.
Tú me trajiste a esta mesa
nutricia de puro amor,
descubriéndoteme el pecho.
Es tiempo de manzanas,
de morderlas a tiempo,
de que tú me respíres
con la lluvia que troncha
los pulsos contrarios,
y que yo te acaricie
en las olas que apremian
lastimar tus oídos.

La vida en ti dichosa,

*la amistad con la muerte,
suceden en el beso
y por él se deciden.*

Es hora de escanciarnos,
de embebernos de noche
rebotante de zumos
y moras que nos sangran
desde el revés que somos;
de que, cargado de mar,
el aire más nos apriete
mientras ardemos en besos,
lenta espina en ascua dulce
que en los postres desmayados
ahonda como un origen.

Tú me has traído a esta cena
de desposorios, amor.
Desfallecemos de cantos,
de zurcir el vino viejo
con la trenza de la danza.

*La vida en ti dichosa,
la amistad con la muerte,
suceden en el vértigo
y por él se deciden.*

Resbalan hojas de lluvia
sobre tu piel fulgurantes,
cansados pechos vividos,
descanso de labios ebrios.
Solo del pecho se vive,
de su donación gozosa
abrazada en otro pecho;
solo en su seno se muere
con la buena muerte tuya:
Alacena de las horas

temblorosas, suspirantes
de palabras que retienen
la voz de los manantiales
urgentes de afloramiento.

*La vida en ti dichosa,
la amistad con la muerte,
suceden en el fuego
y por él se deciden.*

Corazón, siempre se nace.
Aunque el latir se me ahoga
entre los lirios del agua,
es que me inundas de amor
y que, zozobrado, nazco.

Según batía la mar,
se anunciaba por tus ojos
desnuda la noche queda.
Tú me robaste la vida,
toda tuya, un pajarillo
estremecido a tu sombra.

Yo solo te robé un sueño:
El ser beso eterno tuyo.

*La vida en ti dichosa,
la amistad con la muerte,
suceden en el pecho
y por él se deciden.*



Colección Peregrina, 3

Libro de los dones o del aura fue escrito en 2013, de un tirón, en apenas dos meses, casi todo a mano. Las correcciones fueron realizadas asimismo en ese periodo, salvo excepción poco significativa. Se trata, pues, de un libro que nació torrencial, que brotó con urgencia. Mientras se plasmaba, el proceso de elaboración por meditación resultó muy menor, cada poema fue adquiriendo la forma que le convenía. Dejado transcurrir el tiempo, la decisión de corregir en sucesivas ocasiones se quedó en nada. La imagen del rapto en el poema «Don de bandidaje» no forma parte de ninguna casualidad: todo el poemario viene a ser un don recibido por quien se ha visto arrebatado y convertido en transcriptor de un mensaje —*escribo al dictado*— fluente de amor. Amor humano y amor divino, estrechamente entrelazados y de modo ardiente tal, que su deslindamiento pudiera juzgarse una tarea poco menos que ociosa o, acaso al contrario, labor apasionante.

Javier Peñas Navarro (Collado Villalba, Madrid, 1956) es autor de los libros de poesía: *Adjetivos sin agua, adjetivos con agua* (1984), *De cántaro* (1988), *Non plus ultra* (1989), *El Amanuense* (1998), *Sonetos y postales* (2004), *Agua tinta en sangre* (2007) y *No te enamores del hijo de un ferroviario* (2009). Ha expuesto su poética en «Notas sobre la creación poética», *Rilce* (Universidad de Navarra), 11:1, 1995, y en la ponencia «La poesía: la soledad y el silencio como pilares de la contemplación», durante las *III Jornadas: Diálogos entre Literatura, Estética y Teología, Lenguajes de Dios para el siglo XXI*, organizadas por la Pontificia Universidad Católica de Buenos Aires en 2007. Su interés por la relación de la poesía y la literatura en general con el cine, la música y las artes plásticas se desarrolla en la página web:

<www.sites.google.com/site/comentariosyanalisisdetexto>

